

Planeta Justine. Melancolía, Lars von Trier, una mujer andaluza*

Textos: Enric Berenguer

Imágenes: Library of Congress

*Texto publicado en Lacan Quotidien nº 87, 13-11-2011, Boletín digital

<http://www.lacanquotidien.fr/blog/category/lq-lacanquotidien/>

El genio de Lars von Trier eligió el escenario de una boda para que por él evolucione el personaje que encarna la idea que se ha formado de la melancolía. Hay que decir que es una elección muy oportuna. El banquete de boda es, en efecto, un lugar donde el juego de las apariencias que rodean a esa celebración de la relación sexual, supuestamente existente al menos durante algunas horas, se moviliza con todo su poder para producir la creencia en una felicidad, no sólo posible, sino, se diría, realizada. Ahí es precisamente donde la falofanía es esperada, en especial en la figura de la recién casada, expuesta como cuerpo que se ofrece a todas las miradas, ese día sin vergüenza; ya que todo durante algunas horas es vínculo, no sólo entre la *bride* y el *groom*, sino entre todos los invitados que participan en el contagio de la alegría, la solemnidad de los brindis, la generosidad calculada del baile.

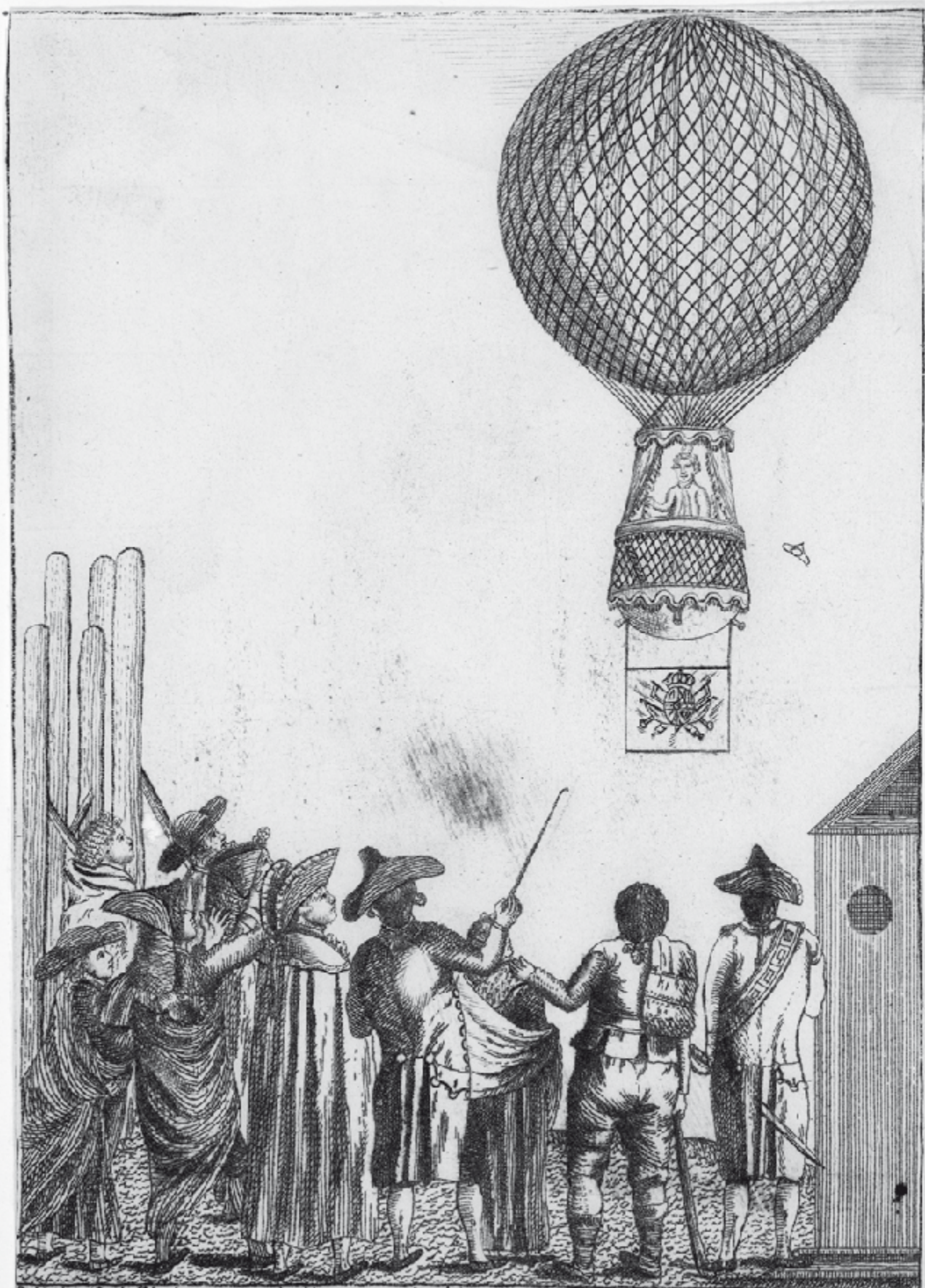
Pero en el momento mismo en que la felicidad de la recién casada es más esperada por todos, el planeta Justine irrumpe para mostrar la inanidad de todo vínculo, la inutilidad tanto de la belleza como de la bondad, la vacuidad de los discursos que todos están prestos a pronunciar, lo ridículo de las palabras de las que el amor se sirve para decirse. En suma, para destruir todos los

semblantes con el arma mortal de un goce sin límite, cuya opacidad cae como una mancha en el cuadro de aquel pequeño mundo.

Con un completo dominio de la puesta en escena, von Trier nos muestra de qué modo el brillo fálico, que al principio lo llenaba todo, reflejándose en el más nimio de los objetos, se apaga rápidamente y decae sin remedio, cuando aquella que debía ocupar el centro de ese universo de apariencias se niega a sostener su lugar y opone, a la avidez de las miradas, ya sea una presencia opaca, de piedra, ya sea una fuga enloquecida.

Bordeando al principio algo que parece próximo a la angustia, pero que muy pronto revela ser un agujero abierto mucho más profundo, esa presencia adopta enseguida un aspecto bien distinto cuya brutalidad nos hace pensar en los ecos sadianos de su nombre, Justine, aunque en este caso no es la virtud lo que está en juego, ni es ella víctima de ningún vicio. Pronto se descubre que hay en ella, más allá de toda justificación posible, una satisfacción mortal a la que esa mujer se entrega y que por momentos se revela con toda su obscenidad desencadenada.

Del objeto del que se trata algo se nos dice en aquella oscilación marcada entre la mirada ausente de Justine



Vista del Globo aerostático que se hecho ante sus Magestades y su Real familia en el qual fue Dⁿ Vicente Lunardi el día 8 de enero del 1783. y cayó en pozuco del Monte del tajo á las 2 de la tarde bolvió a elevarse y cayó en la cañada larga término de la fuente y por último en horcajo provincia de la Mancha.

Vincenzo Lunardi ascending from the Royal Palace, Madrid, 1793, Library of Congress

ante los ojos de los demás (mientras sus propios ojos, medio cerrados, parecen encerrar su propia luz medio apagada, pero con brillos que sin duda manan de un fuego frío que la habita) y por otra parte, el brillo de aquel momento triunfal, en el que se ofrece desnuda al ojo inmenso que es el planeta que ya se acerca, planeta que ella es la única capaz de mirar de frente, dejando caer todos los velos, abandonada ella misma a un júbilo fascinado. Quizás sea la promesa de una extinción ya próxima, presente en el astro asesino que domina el cielo ante Justine, lo que parece extraer algo de ese cuerpo demasiado lleno de su propia substancia, con la consecuencia falsamente paradójica de que puede reconocer que goza, que se regocija y es capaz, finalmente, de sentirlo, en el instante mismo de su alianza sin retorno con una muerte universal.

Esto va a acabar, como ella dice, con eso malo que es la vida sobre la Tierra: una anomalía, la única en un Universo eternamente vacío. Tal es el decir de Justine, que habla, como escribe Lacan en *Subversión del sujeto*, en el lugar “desde donde se vocifera que el universo es un defecto en la pureza del no-ser”, lugar del goce mismo.

En el polo opuesto de esta destrucción de todo vínculo posible por Justine, su hermana Clara está concebida para encarnar el esfuerzo incesante por vincularse, para hacer que se sostenga, mediante el amor, la suposición de un Otro, incluso en el momento en que su desaparición para siempre está garantizada. Y el sutil observador que es von Trier consigue mostrar la oposición radical entre lo que Justine presentifica y la angustia de Clara, afecto profundamente vinculado, en los momentos más extremos, con el Otro, en lo que constituye sin duda uno de los rostros más tenaces de aquello que reconocemos como humano: vínculo que resiste cuando parece que nada más permanece.

Justine me hizo pensar en una mujer a quien vi recientemente en Andalucía, en una presentación de enfermo. En cierto momento, sabiendo que nadie más iba a oírla, me hizo esta confesión terrible, acerca de lo que motivó una ya larga serie de actos suicidas por su parte, contra la cual la psiquiatría parece luchar con medios que parecen fútiles frente a su determinación de destruirse. Ella me dijo: “Deseo morir porque no quiero a nadie”. Este “no quiero a nadie” es la certeza que se le impuso cuando, antes de sus dieciocho años, le llevaron el niño que acababa de tener de una relación con un compañero de la misma edad. Un hijo que finalmente había dado a luz, sin que su padre hubiera tenido nada que decir, salvo garantizar que sería bien acogido por la familia, sin reproches, sin pesar. Esto, contra el telón de fondo del silencio de la madre, acerca del cual esta mujer no tenía nada que decir, salvo su propio silencio, igualmente elocuente. Fue, pues, en este momento preciso, cuando debía tomar a este hijo en sus brazos, cuando ella, tan querida por su padre como por aquel “buen muchacho” que la había dejado embarazada, supo que era incapaz de amar al fruto de su vientre. Lo cual la hizo hundirse de inmediato en el rechazo decidido de toda vida, muy en especial la suya propia.

Aquella mujer andaluza, de mirada tan extinta como la de Justine, también tiene una especie de planeta muerto donde habita. Tras tantos años (más de veinte) viviendo en el rechazo de todo lo vivo, y sobre todo de aquello que puede recordarle el amor de los demás, que le provoca un dolor indescriptible – hasta el punto de que se niega a recibir a su hijo cuando va a verla al hospital –, ha acabado pensando que, en el fondo, está muerta, es una zombi, cuya ausencia de vida se ha convertido en una potencia activa, epidémica, con la consecuencia de que, al cabo de cierto tiempo, todos los espacios que frecuenta ya no son habitados sino por seres tan muertos como ella misma, seres en los que toda vida desapareció al estar en contacto con la potencia mortífera que reside en su cuerpo. Quizás porque, por un momento, me cree todavía vivo, me hace testigo de lo que nunca ha querido decir a nadie.

Zombi o no, es el vacío de la forclusión – que se traga todo sentimiento de la vida en esta mujer – lo que parece que uno siente cuando se le acerca, cuando le habla, cuando la oye. En ella, como en Justine, se produce esa especie de transustanciación que hace que el vacío de la forclusión se convierta en el lleno infinito de un objeto no extraído, que todo lo llena sin remedio, como aquella “lana gris” que el personaje de von Trier tiene la sensación de atravesar cuando trata de combatir la inercia de su cuerpo para desplazarse.

Quizás sea eso, el planeta asesino: el redondel del cero, índice que Lacan puso al pie de Phi, para designar las consecuencias sobre el impulso vital de ese mismo cero de la forclusión que agujerea la base de la P en el lugar del Nombre del Padre. Redondel vacío que, por un efecto de retorno de lo real, se convierte en un objeto aplastante, sin límites, porque no fue extraído de la escena del mundo, ni del cuerpo de ser hablante. Lógica implacable que Jacques-Alain Miller, hace algún tiempo, nos ayudó, precisamente, a extraer de la enseñanza de Lacan, permitiéndonos ver allí en un relámpago el funcionamiento, a menudo invisible por demasiado presente, del objeto en la psicosis.

Se trata, pues, de un agujero bien peligroso, en sí mismo y por todo aquello que en él retorna. Esto nos hace pensar en las estupideces proferidas por von Trier a propósito de Hitler durante una entrevista en Cannes. El genio del artista, siempre bienvenido, no basta cuando nos acercamos a esa zona sensible. Hay que estar atentos, en efecto: lo menos que le puede ocurrir a quien lo hace es que diga tonterías. O algo peor.

Traducción: *Enric Berenger*

EL AUTOR

Enric Berenger Alarcón. A.M.E. Psicoanalista en Barcelona. Miembro de la ELP y la AMP. Docente de la Sección clínica de Barcelona, ICF. **Email:** enricberenger@gmail.com